

sido tanta, le respondí, sobre que hasta desvanecido estoy. No le hace, añadió él. Sábetse que no hay mal que por bien no venga, y regularmente un trompon de estos bien dado, de cuando en cuando, es demasiado provechoso á la salud; porque son unas sangrias copiosas y baratas que nos desahogan las cabezas y nos precaven de una fiebre.

Maldito seas tú y tu remedio condenado, le dije: y será mejor que en la vida no me apliques otra semejante sangría. Pero dime: ¿cómo salimos de monedas? Porque será la del diablo que despues de sangrados y magullados háyamos salido sin blanca.

Eso sí que no, me respondió mi camarada, las tripas hubiera dejado en manos de mis enemigos primero que un real. Luego que ví que nos comenzamos á enojar, procuré afianzar la plata, de suerte que cuando el general tocó á embestir, ya los medios estaban bien asegurados.

¿Y dónde? Le pregunté; porque tú no tienes chupa, ni camisa, ni calzones, ni cosa que lo valga, ¿cómo que dónde los escondiste tan presto? En la pretina de los calzones blancos, me contestó, y entre el ceñidor, y por acabar esa maniobra, me pusieron como viste, que si desde el principio del pleito me cojen con ambas manos francas, otro gallo les cantára á esos tales; pero no somos viejos y sobran días en el año.

Vaya, deja esos rencores, le dije: á ver lo que me toca, porque ya me muero de hambre y quisiera mandar traer de almorzar. Ya está corrida esa diligencia, me contestó el Aguilucho, y por señas que ahí viene tío Chepito el mandadero con el almuerzo.

En efecto llegó el viejecito con una canasta bien habilitada de manitas en adobo, cecina en tlemole, pan, tortillas, frijoles y otras viandas semejantes. Llamó el Aguilón á sus camaradas, y nos pusimos todos en rueda á almorzar en buena paz y compañía; pero en medio de nuestro gusto nos acordábamos

del pulquillo, y su falta nos entristecía demasiado; mas al fin se suplió con aguardiente de caña, y fueron tan repetidos los brindis, que yo como poco ó nada acostumbrado á beber, me trastorné de modo que no supe lo que sucedió despues, ni cómo me levanté de allí. Lo cierto es que á la noche cuando volví en mí, me hallé en mi cama, no muy limpio y con un fuerte dolor de cabeza; y de esta manera me desnudé y procuré volver á dormir, lo que no me costó poco trabajo.

CAPITULO IX.

En el que Periquillo da razon del robo que le hicieron en la cárcel: de la despedida de D. Antonio: de los trabajos que pasó, y de otras cosas que tal vez no desagradarán á los lectores.

UEGO que amaneció, se levantaron los presos de mi calabozo y yo el último de todos, aunque con bastante hambre, como que no habia cenado en la noche anterior. Mi primera diligencia fué ir á sacar una tablilla de chocolate para desayunarme; pero ¡cuál fué mi sorpresa, cuando buscando en mi bolsa la llave de la cajita, no la hallé en ella, ni debajo de la almohada, ni en parte alguna, y ostigado de mi apetencia rompí la expresada caja y la encontré limpia de todo el ajuar de D. Antonio, al que yo miraba con demasiado cariño! Confieso que estuve á pique de partirme la cabeza contra la pared de rabia y desesperacion, considerando la realidad del suceso, esto es, que los mismos compañeros luego que me vieron borracho, me sacaron la llavecita de la bolsa, y despabilaron cuanto la infeliz depositaba.

Yo acertaba en el juicio, pero no podia atinar con el ladrón, ni recabar el robo, y esto me llenaba de mas cólera; por ma-

nera que no me detenía en advertir los funestos resultados que trae consigo la embriaguez, pues adormeciendo las potencias y embargando los sentidos, constituye al ébrio en una clase de insensibilidad, que lo hace casi semejante á un leño, y en este miserable estado no solo está propenso á que lo roben, sino á que lo insulten y aun lo asesinen, como se ha visto por repetidos ejemplares.

En nada menos pensaba yo que en esto, lo que me hubiera importado bastante para no haber contraído este horroroso vicio, como lo contraí aunque no con mucha frecuencia.

Suspense, triste, cabizbajo y melancólico estaba yo sentado en la cama royéndome las uñas, mirando de hito en hito la pobre caja limpia de polvo y paja, maldiciendo á los ladrones. echando la culpa á este y al otro, y sin acordarme ya del chocolate para nada; bien que aunque me acordara en aquel acto ¿de qué me habría servido, si no había quedado ni señal de que había habido tablillas en la caja?

Estando en esta contemplacion llegó mi camarada el Aguilucho, quien con una cara muy placentera me saludó y preguntó que ¿cómo había pasado la noche? A lo que yo le dije: la noche no ha estado de lo peor; pero la mañana ha sido de los perros.—¿Y por qué, Periquillo?—¿Cómo por qué? (Le dije) Porque me han robado. Mira como han dejado la caja de D. Antonio. Asomóse el Aguilucho á verla y exclamó como lastimado de mi desgracia: en verdad, hombre, que está la caja mas vacía que la que llamaba D. Quijote yelmo de Mambrino. ¿Qué diablura! ¿Qué picardía! ¿Qué infamia! A mí no me espanta que roben, vamos, si yo soy del arte ¿cómo me he de escandalizar por eso? Lo que me irrita es que roben á los amigos; porque, no lo dudes, Periquillo, en el monte está quien el monte quemara. Sí, seguramente que los ladrones son de casa, y yo juraría que fueron algunos de los mismos pícaros que almorzaron ayer con nosotros. Si yo hubiera olido sus intenciones, no su-

cede nada de esto; porque no me hubiera apartado de tí, y no que deseoso de desquitarme de lo que gasté, fui á jugar con el resto que nos quedó, y se nos arrancó de cuajo; pero no te apures, que otro día será mañana.

Conque segun eso, le dije, ¿ni para el desayuno te ha quedado? ¿Qué desayuno ni qué talega, me contestó, si anoche me acosté sin un cigarro! Pero dime: ¿qué fué lo que se llevaron de la caja? Una friolera, le dije: dos camisas, un par de calzoncillos, unas botas, unos zapatos buenos, unos calzones de tripe, dos pañuelos, unos libros, mi chocolate. . . . últimamente, todo. ¿Qué bribonada! Decía el mulatillo: yo lo siento, hermano, y andaré listo por todos los calabozos y entresuelos, á ver si rastreo algo de eso que has dicho, que con una hilacha que encontremos, pierde cuidado, todo parecerá; pero por ahora no te achucharres, enderézate, levanta la cabeza, párate, * vamos, sal acá fuera y serénate, que no estamos hechos de trapos: mas se perdió en el diluvio y todo fué ageno, como lo que tú has perdido. Con que anda, Periquillo, ven, no seas tonto, te desayunarás.

Queriendo que no queriendo me levanté deseoso del desayuno prometido. Fuimos al calabozo del presidente, con quien habló el Aguilucho como en secreto. Abrió el cómitre una caja, y cuando yo pensé que iba á sacar una tablilla ó dos, y alguna torta de pan, ví que sacó una botella y un vaso y le echó como medio cuartillo de aguardiente, el que tomó mi camarada y lo pasó de su mano á la mia diciéndome: toma, Periquillo, haz la mañana. Hombre, le dije, yo no sé desayunarme si no es con chocolate. Pues este es chocolate, me contestó, lo que sucede es que el que tu has bebido otras veces es de metate y este es de clavija; pero hijo, créete que este es

* Esto es, ponte en pié, levántate. Es comunísimo este provincialismo entre nosotros, aunque el verbo *pararse* no tiene tal acepción ó significacion en castellano.—E.

mejor, porque fortalece el estómago y anima la cabeza.... anda, pues, bebe, que el señor presidente está esperando el vaso.

Con esta y semejantes persuasiones me convenció, y entre los dos dimos vuelta al medio cuartillo, subiéndoseme la parte que me tocó, mas presto de lo que era menester; pero por fin, con tan ligero auxilio, á las dos horas ya estaba yo muy contento y no me acordaba de mi robo.

Así pasamos como quince dias dándole yo al Aguilucho que comer, y él dándome que beber en mútua y recíproca correspondencia; bien es verdad que cada instante me decia que vendiéramos ó empeñáramos las sábanas y colcha de la cama; pero no lo pudo conseguir de mí por entonces; porque le juré y rejuré que no las vendería por cuanto habia en este mundo, y para mejor cumplirlo se las llevé al presidente rogándole que me las guardara para cuando su dueño las mandara llevar á su casa.

El dicho presidente me hizo el favor de guardarlas, y yo me quedé sin mas abrigo que mi zarapillo, con lo que perdió el taimado de mi buen amigo las esperanzas de tener parte en ellas; mas no por eso se dió por sentido conmigo, ya porque era de los que no tienen vergüenza, y ya porque no le tenia cuenta ser delicado y perder la coca de mi convite al medio dia, á cuya hora jamás faltó de mi lado, pues la comida que mi incógnito bienhechor me enviaba provocaba á cortejarla, así por su sazón, como por su abundancia, no digo al toscopaladar del Aguilucho, sino á otros mas exquisitos.

Yo conceptué que el tal pícaro habia sido el principal agente de mi robo, como fué en efecto, pero no me dí por entendido porque consideré que me daba á odiar demasiado entre aquella gente, y al fin mas fácil seria sacar un judío de la inquisicion que un real de lo que ellos tendrían ya hasta digerido.

Con este disimulo fuimos pasando, recibiendo yo de tragos de aguardiento los bocados que le daba al Gavilan.

Un dia que estaba yo expulgando mi sucia y andrajosa camisa me llamaron para arriba. Subí corriendo, creyendo que fuera para alguna diligencia judicial; pero no fué el escribano quien me llamó, sino mi buen amigo D. Antonio y su esposa, que tuvieron la bondad de visitarme.

Luego que me vió, me abrazó con demasiado cariño, y su esposa me saludó con mucho agrado. Yo en medio del gusto que tenia de ver á aquel verdadero y generoso amigo, no dejé de asustarme bastante considerando que iba por sus trastos, y yo habia de darle las cuentas del gran capitán; pero D. Antonio me sacó pronto del cuidado, pues á pocas palabras me dijo que ¿por qué estaba tan sucio y despilfarrado? Porque ya sabe vd. le contesté, que no tengo otra cosa que ponerme. ¿Cómo no? Dijo mi amigo, ¿pues qué se ha hecho la ropita que dejé en la caja? Turbóme al oír esta pregunta, y no pude menos que mentir con disimulo, pues sin responder derechamente á la pregunta, le signifiqué que no la usaba por no ser mia, diciéndole con miedo, que él supuso efecto de vergüenza: como esa ropa no es mia sino de vd. . . . No señor, interrumpió D. Antonio, es de vd. y por eso la dejé en su poder. Usela norabuena. Le encargué que me la guardara por experimentarlo; pero pues la ha sabido conservar hasta hoy; úsela.

La alma me volvió al cuerpo con esta donacion, aunque en mi interior me daba á Barrabás reflexionando que si él me exoneraba de la responsabilidad de la ropa, ya los malditos ladrones me habian embarazado el uso. Preguntéle ¿si habia de llevar su cama, para ir á disponerla? Y me dijo que no, que todo me lo daba. Agradécile como era justo, su afecto y caridad, contándole á la señorita los favores que debia á su marido y desatándome en sus elogios; pero el embarazó mi panegírico refiriéndome como luego que salió de la cárcel, fué á ver á su esposa, quien ya le tenia una carta cerrada que le habia llevado un caballero encargándole que luego que la viera,

fuera á su casa pues le importaba demasiado; que habiéndolo hecho así, supo por boca del mismo individuo que era el primer albacea del marqués, quien le suplicó encarecidamente no cesase hasta sacar á D. Antonio de la prision, que le pidiese perdon otra vez en su nombre, y á su esposa, de todos sus atentados, y que se le diesen de contado ocho mil pesos, tanto para compensarle su trabajo, cuanto para resarcirle de algun modo los perjuicios que le habia inferido, y que á su esposa se le diese un brillante cercado de rubies. que lo tenia destinado para precio de su lubricidad, en caso de haber accedido á sus ilícitas seducciones; pero que habiendo experimentado su fidelidad conyugal se lo donaba de toda voluntad como corto obsequio á su virtud, suplicando á ambos lo perdonasen y encomendasen á Dios.

D. Antonio y su esposa me mostraron el cintillo, que era alhaja digna de un marqués rico; pero los dos se enternecieron al acabar de contarme lo que he escrito; añadiendo la virtuosa jóven: cuando advertí las malas intenciones de ese caballero, y ví cuanto tuvo que padecer Antonio por su causa, lo aborrecí y pensé que mi odio seria eterno; pero cuando he visto su arrepentimiento y el empeño con que murió por satisfacernos, conozco que tenia una grande alma, lo perdono y siento su temprana muerte.

Haces muy bien, hija, en pensar de esa manera, dijo D. Antonio, y lo debemos perdonar aun cuando no nos hubiera satisfecho. El marqués era un buen hombre; ¿pero qué hombre por bueno que sea, deja de tener pasiones? Si nos acordáramos de nuestra miseria seriamos mas indulgentes con nuestros enemigos, y remitiriamos los agravios que recibimos con mas facilidad; pero por desgracia somos unos jueces muy severos para con los demás; nada les disculpamos, ni una inadvertencia, ni una equivocacion, ni un descuido; al paso que quisiéramos que á nosotros nos disculparan en todas ocasiones.

En estas pláticas pasamos gran rato de la mañana, preguntándome sobre el estado de mi causa, y que si tenia que comer. Dijele que sí, que todos los dias me llevaban una canasta con comida, cena, dos tortas de pan y una cajilla de cigarros; que yo lo recibia y lo agradecia; pero que tenia el sentimiento de no saber á quien, pues el mozo no habia querido decirme quien era mi bienhechor.

Eso es lo de menos, dijo D. Antonio, lo que importa es que continúe en su comenzada caridad, que espero en Dios que sí continuará.

Diciendo esto, se levantaron despidiéndose de mí, y añadiendo D. Antonio, que al dia siguiente saldrian de esta capital para Jalapa, á donde podria yo escribirles mis ocurrencias, pues tendrian mucho gusto en saber de mí, y que si salia de la prision y queria ir por allá supuesto que era soltero, no me faltaria en que buscar la vida honradamente por su medio.

No era D. Antonio, como habeis visto, de los amigos que toda su amistad la tienen en el pico: él siempre confirmaba con las obras cuanto decia con las palabras; y así luego que concluyó lo que os dije, me dió diez pesos, y la señorita su esposa otros tantos, y repitiendo sus abrazos y finas expresiones, se despidieron de mí con harto sentimiento, dejándome mas triste que la primera vez, porque me consideraba ya absolutamente sin su amparo.

No dejó el Aguilucho de estar en observacion de lo que pasaba con la visita, y ni pestañaba cuando se despidieron de mí mis bienhechores, y así vió muy bien el agasajo que me hicieron, y se debió de dar las albricias como que se juzgaba coheredero conmigo de D. Antonio.

Luego que éste se fué, me bajé para mi calabozo bastante confundido; pero ya me esperaba en él mi amigo carísimo el Aguilucho, con un vaso de aguardiente y un par de chorizo.

nes, que no sé de donde los mandó traer tan pronto; y sin darse por entendido de que había estado alerta sobre mis movimientos, me dijo: ¡vamos Periquillo, hijo! ¡Que me hayas tenido sin almorzar hasta ahora por esperarte? ¡Caramba, y qué visita tan larga! Si á mano viene seria D. Antonio que te vendría á cobrar sus cosas. ¡Qué tal? ¡Cómo saliste? ¡Creyó el robo? Yo salí bien y mal, le respondí. Bien, porque mi buen amigo no solo no me cobró nada de lo que dejó á mi cuidado; sino que me lo dió todo, y unos cuantos duros de socorro; y me fué mal, porque pienso que éste será el último auxilio que tendré, pues él mañana sale para su tierra con su familia, y á mas de que siento su ausencia como amigo, lo he de extrañar como bienhechor.

Dices muy bien, y harás muy bien de sentirlo, dijo el Gavilan al pollo tonto, porque de esos amigos no, no se hallan todos los días; pero cómo ha de ser, Dios es grande y á nadie crió para que se muera de hambre. Que mal que bien, tú verás como no te falta nada conmigo. Soy un pobre moreno; mas hermano, aunque yo lo diga, el color me agravia; pero soy buen amigo, y arañaré la tierra porque no te falte nada. No sé si me verías allá arriba cuando estabas con tu visita. No te lo queria decir, por eso me hice disimulado ahora que bajaste; pero subí luego que supe que quien te llamaba era D. Antonio, por prevenir los testigos en caso que te cobrara y tú te acortaras; mas así que al despedirse te abrazó, perdí el cuidado con que me tenias y bajé á prevenirte este bocadito, y si no te gusta, te mandaré traer otra cosita, que todavia tengo aquí cuatro reales que acabo de ganar al rentoy. ¡Los has menester? tómalos.—No hermano, le dije, Dios te lo pague; por ahora estoy habilitado.

No te pregunto cuantos años tienes, decia el negrillo; sino que si los has menester gástalos, y si no tíralos; pero sábeta que yo siento mas un desprecio de un amigo, que una puñala-

da. Si no fueras mi amigo ni yo te estimara tanto como te estimo, seguro está que te ofreciera nada.

Te lo agradezco, Aguilita, le respondí; pero no es desprecio, sino que por ahora estoy bastantemente socorrido. Pues me alegro infinito de tus ventajas como si yo las disfrutara, me respondió; pero mira qué chorizoncitos tan sabrosos. Come....

Es la lisonja astuta, y como tal se introduce al corazon por los oidos mas prevenidos y circunspectos, ¡cómo no se introduciria por los míos incautos y no acostumbrados á sus malicias? En efecto, yo quedé prendadísimo del negrito, y mucho mas cuando despues de repetir los brindis á menudo, me dijo con la mayor seriedad: amigo Periquillo, yo soy amigo de los amigos y no de su dinero. Acaso tú lo dudarás de mí porque me ves enredado en esta *picha* y sin camisa; pero te voy á dar una prueba, que debe dejarte satisfecho de mi verdad.

Ya hemos tomado mas de lo regular, especialmente tú que no estás acostumbrado al aguardiente. No digo que estás borracho, pero sí *sarazoncito*. Temo no te cargues mas y te vaya á suceder lo que el otro día, esto es, que te acabes de privar y te roben ese dinero de la bolsa; porque aquí, hijo, en tocando al pillage, el que menos corre vuela, y en son de una Aguilita hay un sin número de Gavilanes, Girifaltes, Halcones y otras aves de rapiña; y así me parece muy puesto en razon que váyamos á dar á guardar esos medios que tienes, al presidente, pues dándole una corta galita, porque no da paso sin lanterna, te los asegurará en su baúl y tendrás un peso ó dos cuando los hayas menester, y no que disfruten de tu dinero otros pícaros que no solo no te lo agradecerán, sino que te tendrán por un salvaje, pues no escarmentaste con la expumada que te dieron no mucho hace.

Agradécile su consejo, no previniendo la finura de su intereses, y fuí con él á buscar al presidente, á quien entregué peso sobre peso los veinte que acababa de recibir.

Concluida esta diligencia, me dijo mi grande amigo que fuera á esperarlo al calabozo, que no tardaba.

Yo lo obedecí puntualmente, y sentándome en la cama, decia entre mí: no hay remedio, este es un negro fino, su color le agravia, como él dice: hasta hoy no he conocido lo que me ama: á la verdad, es mi amigo y digno de tal nombre. Sí, yo lo amaré, y despues de D. Antonio, lo preferiré á cualesquiera otros, pues tiene la cualidad mas recomendable que se debe apetecer en los que se eligen para amigos, que es el desinterés.

En estos equivocados soliloquios estaba yo, cuando entró mi camarada con cigarros, chorizones y aguardiente, y me dijo: ahora sí, hermano Perico, podemos chupar, comer y beber alegres con la confianza de que tus realillos están seguros.

Así lo hice sin haber menester muchos ruegos, hasta que en fuerza de la repetición de tragos me quedé dormido. Entonces mi tierno amigo me puso en la cama, teniendo cuidado de soplarle la comida que me trajeron.

A la tarde desperté mas fresco, como que ya se habian disipado los vapores del aguardiente, y el Aquilucho, comenzando á realizar sus proyectos, me hizo sacar los calzones empeñados, diciéndome era lástima se perdieran en tan poco dinero. Su fin era aprovecharse de mis medicillos poco á poco, valiéndose para esto de las repetidas lisonjas que me vendia, y con las que me aseguraba que todo cuanto me aconsejaba era para mi bien: y así por mi bien me aconsejó que sacara los calzones, que pidiera la ropa de la cama que habia dado á guardar, y los medicillos que tenia depositados: y por mi bien, pues, deseando mis adelantos, segun decia, me provocó á jugar, se compactó con otro y me dejaron sin blanca dentro de dos dias: y dentro de ocho sin colcha ni colchon, sábanas, caja ni zarape.

Ya que me vió reducido á la última miseria, fingió no sé

qué pretexto para reñir conmigo, y abandonar mi amistad enteramente. Concluido este negocio, solo trató de burlarse de mí siempre que podia. Efecto propio de su mala condicion, y justo castigo de mi imprudente confianza.

Es verdad que el frio que se me introducía por los agujeros de mis trapos, los piojillos que anidaban en las hilachas, la tal cual vergüenza que me causaba mi indecencia, la ingratitud de los amigos, en especial del Aguilucho, y la dureza con que el suelo me recibía por la noche, eran suficientes motivos para que yo estuviese lleno de confusion y tristeza; sin embargo, algo calmaba esta pasión al medio dia cuando me llegaba el canastito y satisfacía mi hambre con algun bocadito sazonado; pero despues que hasta esto me faltó, porque dejó de venir el cuervo al medio dia sin saber la causa, me daba á Barabás y á todo el infierno junto, maldiciendo mi imprudencia y falta de conducta, mas á mala hora.

Desnudo y muerto de hambre sufrí algunos cuantos meses mas de prision, en los cuales me puse en la espina como suele decirse: porque mi salud se estragó en términos que estaba demasiado pálido y flaco, y con sobrada causa, porque yo comia mal y poco, y los piojos bien y bastante como que eran infinitos.

Despues de estas penalidades y miserias que tenia que tolar por el dia, seguia, como acabé de apuntar, el terrible tormento que me esperaba por la noche con mi asperísima cama, pues esta se reducía á un petate viejo harto surtido de chinches y nada mas; porque nada mas habia que supiera por almohada, sábanas y colcha que mis antecedentes arambeles, los que sensible y prontamente se iban disminuyendo á mi vista como que trabajaban sin intermision de tiempo.

Considerad, hijos míos, á vuestro padre qué noches y qué dias tan amargos viviria en tan infeliz situacion; pero considerad tambien que á estos y á peores abatimientos se ven los hombres expuestos por pícaros y descabezados. Ya en otra